

ALFAGUARA



Marcela Serrano

Diez mujeres

---

Las locas, ahí vienen las locas, dirán los trabajadores del lugar, espiándolas detrás de los árboles. Natasha no sabe bien qué la divierte más, observar el desconcierto de esos hombres recios con picos y azadones en las manos, o a las mujeres que en ese momento descienden de la enorme camioneta. Una a una van bajando y pisan con firmeza la tierra esparcida de maicillo, como si quisieran tener los pies bien firmes en ella.

Quizás a alguna le entretenga la idea de ser objeto de observación o de sospecha, piensa, y recuerda a Andrea diciendo alegremente al despedirse el jueves pasado: ¡avísales, Natasha, que somos sólo un poco neuróticas y no locas de atar!

Sin pudor, los hombres han dejado de trabajar y, apoyándose en sus herramientas, las miran. Hay para todos los ojos. El que las prefiera morenas tiene más donde elegir. Bajas, altas, jóvenes, viejas, delgadas y entradas en carnes. Son nueve mujeres. Son muchas mujeres. El pasto ya se cortó, descansan las bolsas plásticas negras abundantes de chéptica sobre el tronco de dos paltos enormes. El aroma fresco llega hasta la casa principal del instituto y a Natasha se le mezcla el olor del pasto con el de la cordillera. Al prestar el lugar, el director avisó: los sábados hacen el jardín. A los ojos de Natasha, más que un jardín éste es un parque. Ella quisiera distinguir el nombre de tanto árbol, sólo el magnolio, los aromos y los jacarandás le resultan conocidos, los tiene iguales en su casa de campo en el valle del Aconcagua. Pero aquí está en las afueras de Santiago y la cordillera de Los Andes parece una desvergonzada mostrando sus atributos.

Un poco titubeantes caminan las mujeres hacia la casa. Algunas miran arrobadas el parque y el colorido de las flores, otras hablan entre ellas. Mané ha tomado del brazo a Guadalupe, reclinándose sobre su hombro. Menuda pareja: la mayor y la menor. Natasha piensa que es la curiosidad la que salvará siempre a Mané, no le cabe duda que ya ha averiguado todo sobre los *piercings* en la nariz y en la oreja de su compañera y que ha pasado su mano por esa cabeza casi rapada. Y que Guadalupe se ha divertido, ella que es tan proclive a la risa. Al menos llevan media hora todas juntas desde que subieron en la camioneta a la salida del metro Tobalaba. Calcula que a la altura de avenida Ossa, Juani o Simona han roto el hielo y que, entrando en Peñalolén, han logrado distender a las más cohibidas. Quizás le han arrancado una sonrisa a Layla. O la voz a Luisa. Andrea se ha quedado atrás, ¿qué hace? Natasha sonrío: firma un autógrafo. El jardinero que hace un momento podaba unas rosas ha tirado las tijeras al suelo y en un arrebato de osadía ha partido detrás de ella. Lo mismo sucede en la consulta o en el hospital, Andrea vive dando autógrafos, es su karma. Ana Rosa ha quedado a medio camino, supone que debe avanzar con las otras pero está embelesada mirando a Andrea, no puede apartar sus ojos de ella. Francisca, con la cartera de cuero de cocodrilo abierta —es que nunca la cierra—, enciende un cigarrillo, aterrada de que se lo vayan a prohibir durante el día. Se ve menos pálida Francisca, qué ganas de dejarla al sol en vez de encerrarla en una sala. Y se ha puesto jeans hoy día, será la primera vez que la vea informal. Simona, forrada en una ruana de alpaca blanca, se le acerca y le pide fuego. Aspiran el humo con placer, con el sol en la cara, aprovechando el último minuto en que pueden hacerlo. Mis dos pacientes más antiguas, se dice Natasha, y es la primera vez que las veo juntas. Irracionalmente piensa cuánto le gustaría que se conocieran más allá de este día, que se tuvieran la una a la otra.

Detrás de la ventana, sujetando una cortina de velo, Natasha las mira a todas con detención. Trata de imaginarse la mañana de este día y a cada una preparándose para asistir a la reunión. Aunque su intención es mantener una cierta distancia, le resulta difícil ignorar las ráfagas de ternura con que la golpean estas mujeres. Se imagina a algunas abandonando una cama vacía cuando aún estaba oscuro, otras dejando un cuerpo tibio y amigo. Estarían cansadas por la semana, un poco más de sueño les habría venido bien. Se prepararon el desayuno, un café fuerte en el caso de Simona, un tecito aguado en el de Ana Rosa. Francisca sólo ha comido una fruta, como hace siempre, y Juani una marraqueta con mantequilla y mermelada. Alguna lo tomaría de pie en la mesa de la cocina mientras preparaba el día para una casa en su ausencia, otra sentada al comedor, quizá alguna se llevó la taza o la bandeja a la cama con el diario que la esperaba bajo la puerta. Lo más probable es que todas sintieran una cierta prisa. No sería una ocasión para llegar tarde. Y la camioneta las esperaba a las nueve. Ninguna querría defraudarla a ella, a Natasha, atrasando a las demás o no acudiendo a la cita. Tomaron los medicamentos que suelen cada mañana, con la esperanza de combatir tal o cual mal. Casi todas, un antidepresivo recetado por su propia mano. Todas esforzándose por ser un poquito más felices. Por sanarse. Todas tan honestamente aplicadas en vivir la mejor de las vidas dentro de lo que les tocó. Unas se ducharon y se lavaron el pelo, alguna puede haberse dado un baño de tina y todas se miraron al espejo porque les esperaba un día especial. Saben que no son sólo palabras lo que las aguarda. Alguna quiso maquillarse un poco, mostrar su mejor cara. Otra lo consideró inadecuado. Cada una cargando con quien inevitablemente es. Con un pequeño dolor en un determinado pedazo del cuerpo, con alguna molestia, con lo que están acostumbradas a acarrear, los cansados músculos y ligamentos. A la hora de vestirse, de decidir qué poner-

se, esa hora en que tantas se detestan, ¿cuántas cambiaron la indumentaria porque no les gustó cómo se veían? Desde La Dehesa hasta Maipú, ¿algo difiere en ese minuto frente al espejo? Venga la ceguera, que venga, se dice Natasha, cualquier cosa para evitar la contaminación inevitable, brutal, de la que cada mujer es víctima en la dificultad del enfrentamiento cotidiano. Desde los diecinueve años de Guadalupe hasta los setenta y cinco de Mané, ¿alguna titubeó en el empeño de verse lo mejor posible? Detrás del chaleco negro o de la blusa rosada, ¿no estaba cada una dándose bríos, acumulando aliento para el día que las esperaba? Sus aspectos de hoy son definitivamente honestos, no hay de por medio trabajos, oficinas o formalidades que las encasillen, como vinieron hoy es de verdad quienes son.

Y están todas tan lindas, se dice Natasha.

Cómo me conmueven las mujeres. Cuánto me apenan. ¿Por qué una mitad de la humanidad se llevó un peso tan grande y dejó descansar a la otra? No tengo miedo de ser tonta, se dice Natasha, sé lo que digo. Sé por qué lo digo.

Ya no se ven por el camino. Habrán entrado a la casa. Natasha suelta la cortina de la ventana por la que ha estado mirando a las nueve mujeres y deja la sala. Es hora de salir a recibirlas.